

Elizabeth Hill Boone. *Relatos en rojo y negro: Historias pictóricas de aztecas y mixtecos*. México: FCE, 2010; 312 pp.

*La identidad humana es inextricable del pasado humano.
Somos todo lo que hemos hecho y lo que nos ha ocurrido,
y todas las cosas que recordamos...*

Elizabeth Hill Boone

En el discurso histórico, la reconstrucción del pasado a través de la memoria colectiva se presenta a través de muchos mecanismos y lenguajes, y la convivencia entre estos elementos del recuerdo no siempre ocurre de manera armónica.

El tema del alcance de la palabra en la conformación de discursos es recurrente en las grandes discusiones teóricas en torno a la interpretación de la Historia. Y esto ocurre en varios registros de confrontación continua, naturalizados según la orientación y perspectiva del historiador: el relato lineal o la estructura múltiple, lo escrito frente a lo oral, lo verdadero o lo ficcional.

En lo que compete a la historiografía mesoamericana, la polémica sobre la historicidad de las culturas precolombinas atraviesa en muchos sentidos la noción de 'escritura' como instrumento de legitimidad de la historia. Este debate se ha centrado en gran medida – con todos los matices correspondientes a la especificidad de los contextos – en las condiciones escriturales de los pueblos, como elemento fundamental a considerar en la visualización de cada cultura en tanto poseedora o no de una conciencia histórica.

Hasta el día de hoy subsiste la opinión, nacida en Europa en el siglo XVI, de que los mexicanos carecían de verdadera historia. Escritores del siglo XVIII, como el conde de Buffon y Cornelius de Pauw, seguidos por historiadores de finales del siglo XIX, tales como Lewis Morgan y Adolph Bandelier, menospreciaron los logros culturales del México precolombino, negando a los aztecas un alto nivel de organización social y política, entre otras características de las sociedades llamadas civilizadas. Algunos de los primeros estudiosos de los códices pictográficos aztecas, como Paul Radin, defendieron la autenticidad de las historias pintadas y del *corpus* historiográfico precisamente en respuesta a dichos ataques (14-15).

Es en este espacio de reflexión, surcado por tensiones tanto ideológicas como de procedimientos metodológicos, que Elizabeth Hill Boone sitúa su complejo y gentil estudio sobre las historias pictográficas del México antiguo, vinculando la tradición azteca de representación pictórica con un *corpus* seleccionado de pinturas mixtecas que, a decir de la autora, no sólo comparten temas sino también estrategias discursivas particulares que los hermanan e inscriben en un horizonte retórico común.

La reivindicación de las “historias pintadas” como documentos que contribuyen al registro histórico de la memoria de los pueblos mixteco y azteca supone el reconocimiento de recursos diversificados de conservación y transmisión del conocimiento y sabiduría populares, relacionados también con manifestaciones orales como la canción y la poesía.

En consonancia plena con esta idea, Hill Boone titula su libro *Relatos en rojo y negro*, retomando la metáfora de la tinta utilizada en las pinturas, como imagen de sabiduría y de permanencia en la memoria:

La metáfora empleada para los escritos o los libros era *in tilli, in tlapalli*, que puede traducirse literalmente como “el negro [la tinta], el rojo [la tinta]” pero que siempre se ha empleado con su significado más general. En las imágenes de los pintores de manuscritos, conservadas en los códices existentes, los escribas trabajan con tinta negra y roja. Se considera que quienes poseen y leen libros

poseen y leen “el negro, el rojo”. El negro, el rojo, también era la metáfora del conocimiento o la sabiduría. Cuando Sahagún habla acerca de libros y de conocimiento, su texto náhuatl hilvana la secuencia de palabras para formar el significado más amplio: “se llevaron el negro, el rojo, el papel, la pintura, se llevaron el conocimiento”. Los que sabían eran los poseedores de libros (31).

Al hablar de la complejidad de esta investigación, me refiero a las condiciones problemáticas en medio de las cuales Hill Boone, como etnohistoriadora especialista en Mesoamérica, propone un análisis que reta a las convenciones de su propio circuito de trabajo. Y a cómo, en el desafío, logra salir airosa.

Un primer aspecto de dicho desafío consiste en la reconstrucción del puente que une al mundo azteca y al mixteco, en un espectro amplio de historias pictográficas en las que las figuras e imágenes abonan a la composición misma de los textos. El planteamiento práctico de este problema se realiza en un estudio que retoma elementos del análisis lingüístico (el lenguaje visual de las pinturas) para ponerlos en perspectiva frente a otros lenguajes. En esa reflexión, Hill Boone advierte que el eje fundamental que vincula ambos universos culturales — el azteca y el mixteco — es justamente el que los dos posean un medio de escritura “predominantemente pictográfico” (21).

Este proceso de conformación de una perspectiva multifactorial de validación del conocimiento histórico azteca y mixteco supuso, en la propia autora, una autoexploración de procedimientos, una valoración de su propia mirada y de la manera en que ésta podría filtrar su trabajo: “Como especialista en la cultura azteca, reconozco que parece que voy yendo contra el argumento de que las historias mixtecas y la cultura mixteca deben verse en términos del lenguaje mixteco y no del náhuatl. Sin embargo, mi intención no es enfocar con ojos de especialista azteca los códices mixtecos o pasar por alto el lenguaje de los historiadores...” (21).

Una vez macerada esa reflexión operativa, la autora ofrece una propuesta de trabajo: problematizar al relato como móvil narrativo de estructuración del discurso histórico, visto en sus representaciones pictóricas:

¿Qué son los relatos?, ¿cómo se los narra? A estas dos preguntas se debe añadir la más difícil: ¿por qué ocurrió así? [...]. Enfoco el contenido narrativo de los relatos (las clases de historias que nos narran) y cómo los pintores estructuraron estos relatos (la manera de narrarlos), no sin admitir que estas dos partes de la investigación difícilmente pueden separarse (13).

En la perspectiva adoptada, Hill Boone confronta dos discursos teóricos de los que toma distancia evidente: el que visualiza que “la historia sigue siendo una historia escrita alfabéticamente, y un pueblo que carece de letras es ‘prehistórico’ o ‘ahistórico’” (15), y el discurso sobre la alteridad y el exotismo de lo ajeno, como mecanismo legitimador de la desigualdad.¹ Para romper con la categoría de “ahistoricidad”, la autora realiza una exhaustiva revisión de los elementos que configuran las “historias pintadas”, vistas como documentos antropológicos e históricos susceptibles de estudiarse multidisciplinariamente a través de mediaciones del lenguaje especializado proveniente de cada área: antropología, historia, literatura...

Esta amplia apuesta de trabajo y reflexión se desarrolla en nueve capítulos que expresan los temas medulares de la investigación.

En el capítulo I, “La configuración del pasado”, se ofrece un panorama teórico general, se contextualiza las polémicas anteriores y se expone las preguntas-problema que servirán de ejes a lo largo de todo el trabajo.

En el capítulo II, “Historia e historiadores”, se medita sobre la idea que aztecas y mixtecos poseían del pasado, el testimonio de la memoria y la necesidad de expresarlo en historias pintadas. Asimismo, se explicita el rol desempeñado por historiadores y

¹ “Aunque pretende representar el punto de vista azteca, Todorov niega que existan la escritura y la historia aztecas, y trae a colación las obras pictográficas tan sólo para ejemplificar de manera descontextualizada sus asertos. Según él, los aztecas fueron derrotados por presagios y por la naturaleza superior de los sistemas retóricos y simbólicos de sus conquistadores. Al envolver a los aztecas en el manto de la ‘otredad’, Todorov los define por su insuficiencia cultural y simbólica frente a lo europeo” (15).

pintores, describiendo las prácticas formativas de su oficio, además de la creación y origen material de las pinturas.

En el capítulo III, “La escritura en imágenes”, se analiza más profundamente la pictografía precolombina en tanto sistema de escritura, investigando su comportamiento concreto en cuanto a reglas y utilizaciones.

El capítulo IV, “Las estructuras de la historia”, muestra las convenciones del sistema escritural y compara algunas representaciones pictográficas mesoamericanas con historias pictóricas europeas. Se trata de buscar una noción compartida de reflexión entre “historiadores gráficos” de ambos espacios geográficos, en lo que respecta al modo de hilar en una temporalidad sucesiva los sucesos integradores de la historia, pero también en el empleo de estructuras entrelazadas, secuencias múltiples y acontecimientos cruzados.

En el capítulo V, “Historias genealógicas mixtecas”, se rastrean las historias fundacionales de grandes familias y gobernantes mixtecos, labor que se retoma en los capítulos VI, “Lienzos y tiras de Oaxaca y del sur de Puebla”, y VII, “Relatos de migración, conquista y consolidación en los valles centrales”, pero desde una perspectiva cartográfica que centra su atención en el desenvolvimiento estructural, los patrones de las imágenes y la consolidación de elementos comunes a los relatos narrados, los espacios físicos ocupados y los motivos que se repiten en la descripción de las hazañas heroicas.

En el capítulo VIII, “Anales del *altépetl* azteca”, se vuelve al concepto de los anales para explicar que los historiadores aztecas recurrían a la organización estructural del pasado a partir de una secuencia temporal continua. Resulta de particular interés el análisis del registro que los propios aztecas hicieron de la Conquista y del proceso de reordenamiento social condicionado por la invasión y los enfrentamientos bélicos.

Y finalmente, en el capítulo IX, “Historias con propósito”, el análisis se lleva al terreno social, recuperando la función comunitaria de las pictografías y reconociendo el valor que se les atribuía a éstas como documentos de reconocimiento público no sólo

de los sucesos, sino de las jerarquías ocupadas por las cabezas de cada grupo de poder.

*

Pero quizás, después de todo, el gesto más expresivo del estudio reside en su medida, en el sutil guiño fraterno que se decanta de la contundencia con que la autora desmonta discursos, y hace nacer otros.

Al describir en un principio como “gentil” el texto, me interesaba rescatar una faceta del rostro reflexivo de Elizabeth Hill Boone: su sorpresiva amabilidad para con los lectores, trátase de un público especializado o no. Si bien el libro en su totalidad revela un pausado e impresionante manejo de fuentes bibliográficas y de experiencias de erudición obtenidas por años de inmersión en los temas, la textura general de la redacción es más esperanzadoramente acogedora de lo que podría parecer a primera vista.

En ciertos momentos que rebasan el lindero del rigor, la autora deja crecer raíces al interior de sus propias palabras. Palabras que le pertenecen a ella, sí, pero que al mismo tiempo, se nutren de otras voces. Voces que cruzando siglos, le recuerdan que los seres humanos somos, literalmente, aquello que recordamos:

Este relato de la creación de la humanidad se ha empleado, a menudo, para explicar la deuda de los aztecas con los dioses por haberse sangrado para dar vida a los seres humanos. Pero el relato también muestra que los aztecas creían estar formados por los restos —los huesos ancestrales— del pasado. Vemos así que no simplemente llevaban el pasado dentro de ellos como un factor de su conciencia [...]; los aztecas también juzgaban que sus egos corporales estaban literalmente compuestos del pasado, traídos a la vida por la sangre de los dioses... (29)

Caminar por el pasado suena entonces a un necesario recordar que en los huesos mismos llevamos más memorias que las puramente individuales.

Cargamos con nuestros vivos y nuestros muertos a cuestas.
Cargamos con lo rojo y con lo negro.
Con la palabra viva, corriéndonos como tinta por el cuerpo.

VALENTINA QUARESMA RODRÍGUEZ
Facultad de Filosofía y Letras, UNAM

Mariana Masera. *Bailar, saltar y brincar. Apuntes sobre el cancionero tradicional hispánico*. México: Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM, 2013; 266 pp.

Los once trabajos reunidos en este libro son una muy buena muestra de la labor de investigación al que Mariana Masera se ha dedicado a lo largo de casi diez años, en torno al cancionero hispanoamericano. A excepción de uno de ellos, que fue reelaborado, los demás son trabajos presentados en congresos u homenajes y publicados en las respectivas actas entre 2004 y el año mismo de la edición del libro, 2013. Me iré deteniendo en cada uno de ellos para dar cuenta de lo que a mi juicio parece más relevante. En la introducción la autora nos ofrece la definición y descripción de lo que entiende por cancionero tradicional: aquel que “engloba un repertorio de manifestaciones creadas y cantadas principalmente en las áreas rurales y áreas marginadas urbanas”, que vive en variantes, “donde el punto de vista de la comunidad se impone sobre el individual tanto en el proceso de creación como en el de recreación, y donde los recursos poéticos son limitados y conocidos por todos, tanto creadores como escuchas (...); generalmente “se asocian a melodías y músicas acompañantes; varía en el tiempo y en la geografía de acuerdo con cada escuela poética (...) es una escuela de transmisión, estilo y fórmulas orales, de carácter no narrativo, y continua en cada ejecución” (6).

En la primera sección llamada “La voz y el pliego”, la autora agrupa cinco trabajos dedicados a la divulgación del repertorio lírico español en el territorio de la Nueva España. El primero,